

# Presentación

*José Bolívar Castillo*  
*Alcalde de Loja*

La identificación afectiva y cívica con la patria y sus grandes objetivos comienza, sin duda, como un amor entrañable al terruño, al paisaje, al pedazo de geografía y de historia donde se inicia la vida. Este es el caso del ilustre escritor lojano, Alejandro Carrión Aguirre. Fue un patriota a cabalidad: dedicó toda su vida a contribuir, con su orientación y sus luces, al devenir histórico del país. Pero sería difícil comprender esta dedicación a las causas de la patria grande sin reparar en su consagración a su tierra nativa, Loja.

Alejandro Carrión dio sus primeros pasos en el campo de las letras en la poesía y en la narrativa. En ambos géneros, su tierra natal fue su fuente permanente de inspiración. Se inició luego en el periodismo, pasando de un periodismo combativo --inconformidad rebelde que se confronta apasionadamente con la realidad-- a un periodismo señero que, elevándose sobre los lugares comunes, mostró la madurez propia de quien mira la totalidad del bosque y su contexto. Navegar contra corriente, triturar “eslóganes”, frases hechas y analizar con descamada afectividad y sentido crítico la realidad económica, social y política del país para trazar nimbos y proyecciones de futuro, esa fue la tarea del ilustre escritor Alejandro Carrión durante los últimos años.

En esta labor periodística tampoco fue ajeno a su patria chica. Él tuvo que emigrar de su añorada Loja. Pero siempre la tuvo presente en lo más íntimo de su ser. En sus escritos periodísticos fue permanente su preocupación por el tema del centralismo, la bipolaridad Quito-Guayaquil que, muchas veces, ahoga las potencialidades de otras regiones de la patria. Innumerables artículos, desde los años 40 hasta éste el año de su muerte, llevaron el título “Allá lejos”, refiriéndose a Loja y a su continuo drama de marginación e incomunicación. Analizó con frecuencia sus principales problemas y aspiraciones: “La vialidad allá lejos”, “El riego allá lejos”, “El transporte aéreo allá lejos”, etc.

Pero es que Loja no sólo ha sido marginada en cuanto a obras materiales de desarrollo, sino que también, en muchos sentidos, la historia nacional ha sido mezquina en reconocer las contribuciones trascendentales de Loja --hoy convertida en una región que se integra de tres provincias-- a la forja de la nacionalidad. Contra esta realidad se rebela Alejandro Carrión en esta compilación de crónicas históricas llamada tan elocuentemente *El último rincón del mundo*. En ellas, con su característico estilo ameno y vigoroso, rescata y reconstruye las “fabulosas aventuras” de quienes hicieron la historia de la provincia, desde su descubrimiento hasta el fin de la “oscura colonia”. A través de sus páginas, desfilan los personajes de quienes es, según el autor, “el esfuerzo que crea la vida: en ellos, con ellos y por ellos se va formando el espíritu de ojal, acunado en sus peripecias, en sus dificultades, en sus éxitos”.

Es especialmente destacable la reconstrucción que realiza el autor de los primeros y precarios años de la presencia española en los territorios de la región, que llevó a Loja y a sus fundadores al descubrimiento y conquista de las Gobernaciones de Yaguarsongo y Maynas, único título que nuestra patria tiene sobre los territorios de la Amazonia. Por ello hemos dicho, y lo repetimos ahora, que si es gloria de Quito el descubrimiento del Río Amazonas, gloria es de Loja la conquista de la Amazonia y la fundación de las gobernaciones de Yaguarsongo y Maynas.

El I. Municipio de Loja se honra al editar la obra que Alejandro Carrión dedicó a Loja, su

provincia. De esta manera, el Cabildo contribuye al homenaje que la ciudad y la provincia deben al ilustre escritor. Y es, para nosotros los lojanos, muy grato que este homenaje sea compartido con el Diario El Comercio, tribuna desde la cual Alejandro Carrión libró sus últimas cruzadas en contra del “olvido” que pesa sobre Loja. Estamos seguros de que esta publicación habría llenado de satisfacción a su autor. Hemos dado así curso a su intención de proclamar que Loja ya no es “el último rincón del mundo”, que “ya la nuestra no es sólo una linda tierra para nacer, sino una hermosa tierra para vivir...”

Loja, julio de 1992

---

---

# Prólogo

---

Angel F. Rojas

## *ESCRITORES DE LOJA Y PARA LOJA*

Hay, entre los escritores notables de Loja dos categorías: la de quienes honran por sus grandes merecimientos su ciudad natal y su provincia, pero sin dedicarle un homenaje al suelo del cual son oriundos; y la de quienes, además de conquistar fama y mantenerla, consagran parte de su talento y su tiempo a la exaltación de su patria chica, ya como poetas, como narradores, como historiadores, como sociólogos o como periodistas. Y que, también en el ensayo han tenido presenta la patria lojana y lejana, movidos por la añoranza. Alejandro Carrión está entre estos últimos.

No obstante su gigantesca labor como poeta, narrador, periodista y autor de calificados ensayos históricos, pudo darse lugar para sumergirse en el glorioso pasado colonial de Loja, y ofrecernos una impresionante visión de lo que aquella fuera, en esa difícil y casi desconocida etapa. La muerte no le dió tiempo para publicar dos de sus últimas aportaciones a esa historia. Quedaron inéditas, como ha quedado inédita considerable parte de su fecundísima y variada producción. A quienes conocíamos a Alejandro de cerca, no nos llamaba la atención la prodigiosa facundia. Y reconocíamos su virtud de infundir vida y vigor a todos los demás que trataba.

Afortunadamente los herederos de Alejandro han iniciado la tarea de publicar la obra que dejara inédita su ilustre padre. Y es dentro de ese plan que caben los estudios históricos dedicados al pasado colonial de Loja, que no tuvo tiempo de editar.

## *UNA CORDIAL PERSECUSION*

Según lo he contado alguna vez, mi primera aproximación al precoz escritor que fue Alejandro tuvo lugar cuando él, en sus flamantes doce años de edad, tocaba las puertas del venerable colegio nacional “Bernardo Valdivieso”, en su ciudad natal. Me correspondió vigilar a quienes aspiraban a ingresar a ese plantel, en mi condición de flamante inspector. Fue mi primer sorpresa: el examen del novísimo aspirante versaba sobre historia patria, y en el plazo de una hora había escrito una composición perfecta. Se anunciaba desde entonces el futuro gran escritor. Cuando terminó su tarea en el tiempo reglamentario, recogí los exámenes y me anticipé a leer lo que había escrito con letra clara, ortografía impecable y una redacción de espontánea elegancia. Dí a conocer, entusiasmado, mi impresión al grupo de profesores reunidos en un intermedio de clase. Y recuerdo vivamente la impresión, entre jocosa y seria del doctor Monfilio

Zambrano acerca del futuro “recluta”: “Qué gracia tiene, si el chico es un Carrión, y ha heredado la vena de sus antepasados”. Tal vez la frase fue más lacónica y más gráfica. Pero el sentido fue ese. Alejandro, sin duda, había nacido con el don.

Y cuando Carlos Manuel Espinosa, magnífico profesor de Literatura en ese colegio, quien no podía vivir si no estaba fundando o dirigiendo una revista literaria, publicó en 1930 la que se llamó Hontanar, que costaba de su bolsillo, uno de los alumnos que subió al tinglado no podía sino ser Alejandro. Tenía dieciséis años, y su jaculatoria fervorosa por ese advenimiento fue una pieza de primoroso corte literario. Vuelvo a decir: había nacido con el don. Luego vino el entonces obligado salto a la capital. Si bien estudió para Abogado, no se graduó nunca como tal. Y más bien se dedicó con fervor a la traviesa vida estudiantil, a la literatura y, como él dijo recordando tan risueña época, “contrajo” dialéctica socialista. Entró de lleno al círculo de jóvenes escritores y artistas, entre los cuales pronto se impuso por sus jugarretas de niño terrible, su envidiable buen humor y su imparable vocación de escritor. Al principio fue ambidextro: como poeta, publicó casi a renglón seguido tres cuadernos de poesía: Luz del nuevo paisaje, Poesía de la soledad y el deseo y Agonía del árbol y la sangre. Y como narrador se estrenó con un libro de cuentos: La manzana dañada, que es un libro consagrado a evocar recuerdos infantiles. Al referirme otras veces a este libro, he confesado paladinamente que no puedo leer uno de sus cuentos, “El sollozo”, sin que sienta que se me hace un nudo en la garganta. Nudo que, por cierto, no es el de la corbata.

Más tarde tentó la novela, con una dolorosa creación de gran hondura psicológica, intitulada La espina, dos nuevas colecciones de cuentos, La llave perdida y Mala procesión de hormigas, y tentó con fortuna la novela corta al escribir “La muerte en la isla”. Y otros libros de poemas.

### *EL ESCRITOR AMBIDEXTRO SE HACE PERIODISTA*

Por los días en que se conoció su intempestiva muerte, quienes expresaron su consternación destacaron casi exclusivamente su excelsa función de periodista. Así le conocieron los más, pues gozaba de una popularidad envidiable. Popularidad que se la conquistó en buena ley, y casi sin proponérselo: le bastó entrar como columnista en el gran diario porteño El Universo donde tenía una columna diaria que ostentaba como título “Esta vida de Quito”, y la redactaba un seudónimo que se hizo famoso, “Juan sin Cielo”. Largos años la mantuvo, y por cierto que derecho en ella ingenio, mordacidad, una insobornable franqueza, un humor corrosivo y una risueña maldad, que hizo reír a todo el país. No es exagerado decir que lo primero que se leía en el periódico era su vitriólica al par que sonriente columna. Puede decirse que inauguró una especie muy sui géneris de periodismo. Acuña frases y sobrenombres que se convirtieron pronto en sentencias y en sustantivos y calificativos. No viene a cuento mencionar algunos, pues todavía viven gentes a las cuales les aplicó incandescente cautiverio.

### *CON EL DIABLO EN EL CUERPO*

La lucha política, en el plan polémico, fue una de sus grandes pasiones de juventud. Su literatura no se resignaba a quedar encapsulada en la torre de marfil: bajó a la palestra. Nada de pura discusión académica o estetizante. El país tenía que soportar revulsivos candentes: había que despertarlo de su marasmo. Así fue cómo fundó, con un contemporáneo suyo de gran temple, Pedro Jorge Verá, también poeta excepcional, gran narrador y acerado periodista, una revista semanal de combate, La Calle, que tuvo larga duración, y que abrió brecha en el mundo político,

social y cultural del país. Las campañas que allí se libraron eran de una mordacidad y denotaban un ímpetu explosivo casi sin precedentes. Los dos amigos se pelearon unos pocos años después, cuando surgió la campaña por la presidencia de la república. Alejandro se empeñó en prestar su apoyo a la candidatura de Galo Plaza. Vera puso casa aparte, e hizo un semanario político radicalísimo, que intituló Mañana.

El nacimiento de Juan sin Cielo como columnista de diario le permitió disponer de una tribuna de extraordinaria difusión, que le facilitó ser escuchada y temida en todas partes. Fue un gran mérito del diario en el cual escribía su artículo cotidiano, que jamás le pusieran cortapisas de ningún género. Por manera que tal seudónimo se hizo prontamente célebre. En algunos lugares del país no le conocen a Alejandro por su nombre, sino por su seudónimo. Y se explica: la oxídrica luz propia que emanaba brilló por todos los rincones. Y Juan sin Cielo es un momento señero del periodismo nacional.

Pero este candente periodismo, que le costó también, como es de suponer grandes y dolorosas represalias, no le impidió excursionar con éxito en otros campos. Pero debo reconocer, honradamente, que ningún exorcismo ha podido expulsar del burlón espíritu de Alejandro el diablo que está aposentado en su cuerpo mortal y en su alma inmortal. Ya lo veremos más adelante.

### *ENSAYO E HISTORIA*

Después de practicar el oficio de escribir poesía, novela, cuento y periodismo polémico, ese diablo generoso que Alejandro tenía en el cuerpo, le tentó por otro derrotero: le impulsó a escribir primero el ensayo histórico de título Los poetas quiteños de “El Ocioso en Faenza”, que es ya una monografía que revelaba con cuanto recogimiento y seriedad se disponía a entrar en el templo de Clío. Primero emprendió en un alegre ensayo de ya docto aprendiz. La otra historia se llamaba su primer boceto. Ya instalado en el austero recinto, se tomará familiar su estancia en él. A este género-pertenecen los dos libros inéditos que nos cuentan, con escrupulosa exactitud, la crónica colonial de Loja. Como antecedente no había sino los estudios que había dedicado al tema, si bien parcialmente, Pío Jaramillo Alvarado, el “Doctor en Ecuatorianidades” y ya contemporáneamente, el acucioso cronista Alfonso Anda Aguirre. Loja, como ocurre con las matronas virtuosas del pasado, apenas tienen historia.

Su discurso de admisión a la Academia de la Lengua es un ensayo que le revela en forma elocuente. Sustenta una tesis curiosa: el partiquino Clarín de La vida es sueño de Calderón de la Barca, es para Alejandro y para su hábil dialéctica, un genuino precursor del periodismo. Mejor dicho, es ya periodista. Es difícil compartir su tesis. Pero uno no puede menos que reconocer que sus argumentos son manejados con suma habilidad y brillantez.

### *BOMBERO A LOS CINCUENTA*

El iconoclasta vitriólico de los primeros años de juventud, el revolucionario virulento, el agresivo luchador que disponía de un temible carcaj de centellas den ambas manos, fue remansándose con los años. Fue adquiriendo un continente apacible, y pasó, hasta su muerte intempestiva y repentina, como un formidable periodista de opinión. Sus últimos años escribía una columna diaria en El Comercio, de Quito. y era colaborador de planta de la revista quincenal Vistazo, de Guayaquil. Se revelaba como un periodista serio, constructivo, penetrante,

orientador y diáfano como la luz del medio día. Los días encendidos e incendiarios de Juan sin Cielo, y los que caldeaban las columnas de la revista La Calle habían pasado. Pero nada podía detener las expansiones de su genio burlón. Y para dar pábulo al anchuroso. Regocijo que se desbordaba por las bardas que él mismo había levantado en su redor, inauguró en la revista mensual del Diners Club una sección que tenía el título prestado de “Una cierta sonrisa”.

Se trataba de una colección de ensayos alegres, que evocan momentos de su juventud principalmente. Su prodigiosa memoria le permitía acordarse con precisión de todo lo importante que había pasado en el país durante esos primeros años. Algunos nos hacen sonreír. Otros, reír, copiosamente. Le hacen venturosa compañía a esos cuentos imperecederos en el género burlón, que encontramos en sus libros La llave perdida (el cuento “Pangola”, por ejemplo) y en el libro Mala procesión de hormigas, (volver a leer aquel estupendo cuento “La dentadura de Mister Jackson”.

### *LOS DISCURSOS POR ENCARGO*

En su última colaboración para aquella revista, aparecida en el número 118, correspondiente al mes de enero de 1992, nos habla de un aspecto no bien conocido de su actividad literaria, por lo menos para la mayoría de los lectores: su habilidad para escribir literatura por encargo: discursos, declaraciones políticas, entrevistas a terceros, folletos, estudios analíticos y libros: toda la gama de manifestaciones de la vida pública de famosos personajes de la vida nacional e internacional. Alejandro, en ese sentido era un polígrafo consumado. Sólo he tenido la oportunidad de conocer dos, aparte de él: el primero, brillantísimo. El otro, eficiente y camaleónico. Adolfo H. Simmonds fue el uno, quien le puso letra a gran cantidad de informes y declaraciones de cierta gran entidad bancaria. Y el segundo fue el también fallecido Constantino Vinuesa, que debe haber escrito, en Guayaquil, por lo menos cien tesis doctorales, previas a los grados de ingeniero, abogado, pedagogo o economista. Apenas hubo profesión universitaria en la cual no hubiera aportado su contribución invisible. Fue el “ghost writer” clásico. A muchos profesionales no les conviene recordar su memoria.

Pues bien, volviendo a Alejandro: Existen libros de gran circulación internacional con un distinto nombre de autor. La letra la puso Alejandro, y el aplauso y la fama la gozaron los presuntos autores.

Esta fue una faceta, poco conocida, de la múltiple actividad intelectual de quien acometió con sorprendente dominio todos los temas que le correspondió tratar.

### *EVOCANDO A VOLTAIRE*

Es difícil condensar en pocas líneas todo lo que pudiera decir de Alejandro. Dispongo de una copiosa cantidad de datos, de recuerdos, de ideas, de impresiones y de arraigados juicios referentes a su genial personalidad. ¿Cómo hacer para que no caigan sobre el papel atropelladamente? Debo resumir, aún cuando sé que me queda material como para un libro. Y para llegar al fin de estas cuartillas diré que he pensado a menudo en Voltaire, cuando he recorrido mentalmente la anchurosa labor realizada por Alejandro durante su larga e infatigable

vida de escritor. Mi profesor de colegio que me enseñaba las reglas del francés, nos mencionaba en clase esta cuarteta:

*“Y no me han de convencer  
con argumentos al aire,  
que se ha de escribir Voltaire  
y se ha de pronunciar Volter”.*

Por mi cuenta aprendí a amar al egregio escritor francés, y el recuerdo de aquella cuarteta me sirvió para salir del paso en una ocasión en que me tocó hablar en el congreso de escritores de la evolución de los géneros literarios. Cité al filósofo italiano Benedetto Croce, pero no pronuncié Croche. El crítico Enrique Anderson Imbert, casi aterrado, rectificó en voz alta. Me sentí como un alumno sorprendido en falta, pero Voltaire me salvó del bochorno. Agradezco al doctor Máximo Agustín Rodríguez el haberme enseñado los burlones versos sobre el seudónimo Volteriano Voltaire, como se quiera pronunciar, me parece un notorio Precursor de Alejandro. Hay espíritus que son volterianos sin saberlo. Alejandro lo fue acaso a su pesar. En ambos, salvando por Cierta las distancias; encontramos evidentes analogías: la misma clara inteligencia, el mismo fervor polémico, la misma risueña iconoclasta, la misma insobornable ironía, el mismo demolidor sarcasmo y un furioso amor por la justicia. Y es por ello que no puedo dejar de pensar simultáneamente en el uno y en el otro. Y acaso pueda anotar una virtud que talvez no tuvo Voltaire la de la ternura. Pues Alejandro era dueño de una inmensa ternura de poeta feliz.

Se ha convertido ya en una institución. Y como tal falleció haciendo honor a su irresistible vocación de escritor nos abandonó de un modo súbito, tan pronto como había terminado de escribir su última cuartilla para El Comercio, en el cual tuvo por años un luminoso mensaje matinal.

Guayaquil, 28 de mayo de 1992

# Nota de los editores

Durante la última década de su vida, dos intereses se destacan en la labor creativa de Alejandro Carrión: la historia y su tierra natal, Loja. El presente libro recoge, póstumamente, su obra ensayística en la cual convergen estos dos intereses. Si bien ambas preocupaciones estuvieron siempre presentes en su obra, es a partir de 1980 que el autor se propuso un plan para escribir un libro que trazara la historia de Loja y su provincia. El plan inicial de este libro, que en sus borradores iniciales fue titulado "El último rincón del mundo", sufrió varias modificaciones.\* Al momento de su muerte, Alejandro Carrión dejó un manuscrito terminado compuesto por cuatro crónicas, contempladas en los planes iniciales de su libro, referidas exclusivamente al período *Acción y gloria allá lejos*. Dejó, además, otros seis ensayos históricos, algunos publicados en versiones preliminares y otros inéditos. Estos últimos muestran, en ciertos casos, claras intenciones del autor de someterlos a una revisión. Los editores han reunido en una sola obra el conjunto de ensayos bajo el título con el cual el autor bautizó originalmente su proyecto. A éstos textos se han agregado dos pequeños trabajos afines: a manera de introducción, el "Retrato de Loja y su provincia" y, como apéndice, la "Pequeña lista de lojanismos hecha de memoria", a la cual el autor hace alusión en uno de sus ensayos. Finalmente, dado que el autor no tuvo la oportunidad de escribir "Las primeras palabras" con las cuales solía iniciar sus obras, se ha "compuesto" un prefacio a partir de fragmentos de dos textos suyos en los cuales el lector podrá visualizar los motivos que inspiraron al autor: su insistencia en que la "historia es de todos" y su gran afecto y dedicación a Loja.

Todos los textos que se publican son reproducciones textuales de sus originales. Estos han sido agrupados en dos partes que respetan la selección que hiciera el autor. Las intervenciones u observaciones de los editores aparecen debidamente designadas. Los editores agradecen a la familia Carrión Eguiguren por haber puesto a su disposición los textos que conforman este libro: a su dedicación se debe esta obra. Deben también un agradecimiento especial a Eduardo Kingman y a Angel F. Rojas por su contribución a esta edición en homenaje a su amigo y coterráneo. Finalmente, presentan su reconocimiento a Carmen Carrión Eguiguren y a María Aveiga del Pino por su asistencia en la identificación de las referencias bibliográficas de los textos.

\* El autor borroneó tres planes para la obra: dos titulados "El último rincón del mundo" y otro con el título de "El último rincón del mundo en los años oscuros". Los primeros incluyen temas que van desde los inicios de la colonia hasta el presente; el segundo se refiere únicamente al periodo entre la conquista y la independencia de Loja. El presente libro corresponde, en gran medida, a este último plan. A continuación transcribimos textualmente el contenido de los planes ordenados cronológicamente.

Plan 1: Retrato de Loja y su provincia; La fundación de Loja; Los primeros pobladores; La Santísima Taumaturga, La fundación del colegio; Juan de Salinas, los Vaca de Vega y el inmenso Oriente; El tesoro de Quinara y los Marqueses de Solanda; Las minas de Portoviejo; Biografía de la quina; Don Melchor de Peñalosa, padre de los indios; La independencia de Loja y su adhesión a Colombia; Bolívar en Loja; La feria; La invasión peruana y el General Carrión; La Federación y don Manuel Carrión Pinzano; Nacimiento de la prensa lojana; La primera novela y el doctor Miguel Riofrío; La luz eléctrica y don Manuel Alejandro Carrión; El primer ingenio de azúcar y el doctor Manuel Aguirre; Los tres maestros: Zoilo Rodríguez, Adolfo Valarezo, Clodoveo Carrión; La mujer lojana;

doña Rosita Riofrío; El historiador Pío Jaramillo Alvarado; La Universidad y su creador, el doctor José Miguel Carrión; La primera doctora: Matilde Hidalgo; El primer sociólogo: Agustín Cueva; Llega el capitalismo: don Alberto Hidalgo; La canción: Cristóbal Ojeda y Emiliano Ortega; El genio para enseñar don Miguel Sánchez, don José Miguel Eguiguren, el doctor Carlos Manuel Espinosa; El profeta en su tierra: Lautaro Loaiza; Los pasillos: Salvador Bustamante y Segundo Cueva Celi El Arzobispo que odiaba la política. Monseñor José María Riofrío; El apóstol de la cultura: Benjamín Carrión; Los presidentes: Jerónimo Carrión e Isidro Ayora; Los agricultores; La iglesia. Plan 2: La fundación; El tesoro de Quinara; Los Vaca de Vega y Juan de Salinas; El cerro rico de Zaruma; La Santísima Virgen del Cisne; La feria; Biografía de la quina; La escuela y el Colegio - Don Bernardo; Tarqui: el calvario del General Carrión; Bolívar en Loja; La Universidad; El ingenio: de la hidráulica de la Palmira al Ingenio Monterrey; La Federación; La prenas; El 18 de noviembre: historia complete; Los arrieros; Los chasos; las Juntas de Defensa; La invasión; Las carreteras PREDESUR; La Reforma Agraria; El Corregidor bondadoso; El Arzobispo batallador.

Plan 3: La fundación de Loja; La fundación de Zaruma; La Santísima Taumaturga; El fabuloso conquistador Juan de Salinas; El fabuloso conquistador don Diego Vaca de Vega y sus hijos; Don Melchor de Peñalosa, el Corregidor compasivo; La destrucción de Zamora; La biografía de la quina; El tesoro de Quinara. y la fabulosa riqueza de los señores Marqueses La independencia de Loja; Bolívar en Loja.

# Primeras palabras

*Yo no sé nada de historia, pero sé que hasta hoy no se ha escrito la historia desde el punto de vista del hombre 4e la calle, del pueblo, del lector. y ese será mi punto de vista.*

*G. K. Chesterton*

## *LA HISTORIA NOS PERTENECE A TODOS \**

Esta es (otra) vez que me atrevo con la historia, y debo confesar que tiemblo ante mi osadía. Ya antes me metí a componer un librito sobre la “otra historia”, la que desde los graves tratados no se percibe claramente; y luego con mayor audacia, todo un gran volumen sobre los jesuitas que fueron desterrados por el Rey: me fue entonces bien, hasta me dieron por el libro el Premio Tobar y nada menos que don Gonzalo Zaldumbide y el P. Aurelio Espinosa Pólit estuvieron en el Jurado con el gran siquiatra doctor Julio Endara, por sí se hallara en los concursantes síntomas de locura. Gran audacia la mía, por cierto, pues como el maestro Chesterton, “yo no sé nada de historia”, o mejor dicho, de cómo se debe escribir una historia. Trato estos temas, diríamos, por instinto y los historiadores que fueron a Oxford a estudiar cómo se debe escribir la historia jamás, seguramente, me lo perdonarán. Y sin embargo, yo digo en mi descargo que la historia nos pertenece a todos, no solamente a los especialistas, y que con un poco de buen criterio y con cierto don para escribir sin aburrir al lector, ítem más con mucha honradez en la intención, bien se puede contar cosas de historia.., desde luego, sin esperar que nos reciban en la Academia, ni que nos den uña cátedra en la Universidad, ni nos lleven a integrar el equipo de sabios que escriben una nueva historia del Ecuador bajo la sacra égida de Marx. No es éste un libro para historiadores. Es un libro lleno de buena voluntad y se publica para los lectores que gustan saber lo que pasó en tiempos lejanos.

*\*(Fragmento de las “Primeras palabras” del libro En el reino de jos golillas, (Obras Completas de Alejandro Carrión, Banco Central del Ecuador, en prensa. Este último libro, que, a la fecha, aún no ha visto la luz, es, según el autor, su tercer “atrevimiento” con la historia. El conjunto de crónicas que publicamos sería, según la cronología trazada por Alejandro Carrión para sus obras, su cuarto “atrevimiento”. Nota del Editor)*

## *SER LOJANO ... \**

Yo pienso que ser lojano es, más que nada, una especie de religión ... Nosotros hemos nacido en una tierra hermosa, rica y singular, a la que el destino ha condenado a una dura existencia, cuyo signo principal ha sido el olvido, el abandono y la distancia. Patria llena de olvidos y distancias, el Ecuador dejó a Loja vivir sola consigo mismo y al no extenderle su mano grande, le dijo que solamente su esfuerzo debía valerle. El lojano no se desesperó ni se refugió en el lamento estéril. Se hizo una coraza de confianza en sí mismo ... firmemente comenzó a trabajar su propio porvenir.

- *(Fragmento de una intervención en la Asociación de Lojanos Residentes en Quito, 1979. Nota de editor.)*

Sin los recursos que debían producir su desarrollo, la tierra lojana, fue una casa abierta, y sus hijos se lanzaron desde ella a una diáspora constante, extendiéndose por todos los rincones de la patria y aun yéndose por los incontables caminos del mundo. Así, no hay lugar ecuatoriano donde no haya lojanos, que llegaron en busca de trabajo, lo encontraron y construyeron con sus manos y su inteligencia un hogar y un porvenir. Pero, y en esto reside su singularidad y su virtud, siguieron siendo lojanos, conservaron el estilo que el aislamiento y la distancia formaron y nunca dejaron de ser como son: el mundo lejano y ajeno donde construyeron su vida les enseñó mucho, se adaptaron a él de modo de no ser extraños a su nuevo ambiente, pero en él se conservaron lojanos. Habían hecho de su origen una religión que observaban y una virtud que practicaban. La constancia, el claro sentido de la realidad, el conocer sus facultades y sus limitaciones, el saber que no hay mejor recurso que su propio esfuerzo fueron las bases de su nueva casa y los elementos de su éxito. Y esas condiciones son las que Loja forjó para sus hijos. Por eso al ponerlas en acción el lojano practica la lojanidad y por eso el ser lojano es una religión.

Tiene el ser lojano otra condición y es el pensar siempre en Loja, el estar siempre preocupado por Loja, el volver a ella de vez en cuando y el estar siempre en relación con los lojanos que viven en su medio. No es que nos aislemos de los demás ecuatorianos ni que nos refugiemos en ghettos donde nos cocinemos en nuestra propia salsa. No somos esa clase de ermitaños. Vivimos en nuestro mundo, con nuestros vecinos en la mejor relación de vecindad y sabemos ser ecuatorianos útiles a la región del Ecuador donde vivimos. Pero estamos atentos a Loja, a su interés, a su derecho, a su esperanza. Y sabemos que esto es, para nosotros a la vez una obligación y un derecho. Loja es, como ninguna, una provincia compuesta familias. Cada cantón ha aportado las suyas y de su suma se forma la gran colectividad lojana. Al decir nuestro nombre familiar nos situamos: por él se sabe de qué cantón procedemos, cual es nuestra historia, qué clase de personas somos, para qué valemos. Todos llevamos nuestros nombres con orgullo, así que los decimos con palabras claras y mirando a nuestros interlocutores a los ojos: yo soy Carrión, ¡ah! Sí, usted es de Loja.

Yo soy Núñez: claro está, usted es de Puyango. Yo soy Apolo, sí, usted es de Celica. Yo soy Román, sí, desde luego, usted es de Macará. Yo soy Cueva, por supuesto, usted es de Cariamanga. Y yo soy Celi, claro, usted es de Catacocha. Y yo soy Ojeda, desde luego, de Gonzanamá. Y yo soy Hidrobo, sí, de Saraguro. Nuestros nombres nos ubican y de ellos nos gloriamos inocentemente, porque las grandes acciones que reclamamos son las que nuestros antepasados realizaron por Loja. Yo tengo orgullo de mi nombre porque don Manuel Carrión Pinzano presidió la Federación, porque don Manuel Alejandro Carrión impulsó el proyecto de la luz eléctrica, porque don Manuel Aguirre llevó a Loja el primer ingenio de azúcar, porque el doctor José Miguel Carrión presentó el proyecto creando la Universidad de Loja y presidió la primera Junta de Defensa de los Derechos de Loja. Y así como yo cuento esta historia de mi familia hecha de servicios a Loja, así-todos ustedes cuentan la suya, igualmente brillante. Nuestra gloria es clara y simple y consiste en haber servido y en servir a Loja. Mi mayor orgullo es mi título de Mejor Ciudadano que me dió el 1. Municipio cuando era Alcalde el Dr. Ramón Burneo por haber impulsado un gran proyecto de rentas para vialidad, que tuvo cumplido éxito...

Decía que ser lojano es ser miembro de una religión. Es así: profesamos una fe, creemos en Loja, en su porvenir. Y es también un deber, el de trabajar por ella todos los días de la vida. Y es un honor, porque “soy lojano” es algo que se dice con orgullo. Y es un placer, porque, ¡qué gusto da el ser lojano! Y es la lojanidad algo que se hereda...

El Ecuador ha crecido y con él ha crecido Loja: ya no somos el último rincón del mundo, ya la nuestra no es sólo una linda tierra para nacer, sino una hermosa tierra para vivir...

## INTRODUCCION

# Retrato de Loja y su provincia

Mira tú el dulce rostro de la patria...  
Enrique Segovia

Levanta su vuelo el pequeño “Avro” de alas blancas, deja atrás Guayaquil con sus calles febriles y su río dormido y volando sobre nubes compactas se dirige hacia el sur. Pronto las nubes se escarmanan, el avión vira en ángulo recto al continente y va apareciendo un paisaje único: el papel arrugado que dió García Moreno como descripción del sur del Ecuador... un papel arrugado cuyas arrugas son montañas: montañas tras montañas, apretujándose hacia el confín del horizonte, pasándose unas a otras como chicos de escuela que se parasen de puntillas, teñidas de todas las gamas del azul y de la lejanía, incontables e incesantes.

El avión sigue ahora una estrecha garganta, a cuya vara se enreda y desenreda la cinta de una carretera: ásperas laderas de las bajas montañas, multitudinarias costillas de la gran cordillera que se disuelve en colinas escarpadas, cubiertas de espesa vegetación, parecen rozar las altas alas; desde la cabina, muy hondo, se columbra el río Amarillo y se cree escuchar el rumor de sus aguas doradas saltando sobre grandes piedras, empapando el aire cálido y soñoliento. Luego, las minas de Portovelo, día fuentes de caudalosa riqueza, para siempre perdida, muestran sus bocas exhaustas y la vieja ciudad de Zaruma se agarra trabajosamente a una ardua colina, con miedo de rodar al abismo. Vamos hacia un país escondido, hacia el último rincón del mundo.

Cuando, combatido por corrientes de aire y vacíos súbitos el avión vacila y bambolea y nuestro corazón se sobresalta recordando que el hombre no fue creado para volar, he que un valle imprevisto, plano como la palma de la mano, se ha abierto ante nuestros ojos asombrados: un valle donde el verde recorre todas sus gamas: es el Catamayo, cubierto de caña de azúcar militarmente agrupada en compactos “cuarteles” rectangulares, dominados por la mole del ingenio “Monterrey” fabricando dulzura.. Hemos llegado: del pequeño aeródromo el automóvil nos lleva a la ciudad de Loja por la carretera de las mil curvas, bordeada de áridos barrancos, que trepa con tesón el monte Villonaco, coloso menor de los Andes que recorta nítidamente su aislada joroba azul contra un cielo cuajado de nubes.

Cuando la carretera culmina la cuesta surge un nuevo valle, verde y estrecho, sitiado por suaves colinas levemente azules: tierras de pastoreo, ricas de leche y requesón: es Cusibamba, “el valle que ríe”, y dentro de él la Muy Noble y Muy Leal ciudad de la Inmaculada Concepción de Loja, fundada hace cuatro siglos por el capitán Alonso de Mercadillo, conquistador menor, nacido en la vega de Granada. Trazada en nítido plan de tablero de ajedrez donde confluyen los ríos Zamora y Malacatos, “duerme Loja sin tristes, desvelos / que atormentan su leal corazón”, como canta su himno. Las calles estrechas y sin declive; las plazas cuadradas con jardín, estatua e iglesia: San Francisco, la Catedral, Santo Domingo, San Sebastián... la ciudad, capital de provincia, sede de dos universidades, de zona militar y distrito judicial, despierta dos veces por año: para recibir la visita de la Santísima Virgen del Cisne, traída en romería desde su lejana basílica y para convertirse en escenario de la más grande fiesta de campesinos que vieron ojos humanos: de Piura, de la Sullana, de Ayabaca, de El Oro, de Zamora, del Azuay llegan a mula, a

caballo, en camiones y en buses y pululan por las estrechas calles, cantando, bebiendo, bailando, comiendo mil frituras de receta regional, comprando y vendiendo: es la feria, ansiosamente esperada cada año para ventear el alma en contacto con las gentes de afuera.

Cargada de historia, cuna de hombres ilustres y de nobles acciones, en su memoria se alzan grandes sombras y en las armas que le dió el Rey una ciudad de oro, enmarcada por ríos de plata que brillan como ramas de una guirnalda gloriosa de la cual sale mucha gente armada, recuerda que fue puerto para zarpar a la conquista de El Dorado, desde donde el formidable conquistador Diego Vaca de Vega salió a descubrir las fuentes del Amazonas y cruzó por vez primera el Pongo de Manseriche, antes de él por nadie navegado, fundando en su ruta ciudades de nombres maravillosos que más tarde, en alzamiento nunca repetido, destruyeron los indios jíbaros para siempre: Zamora de los Alcaldes, Valladolid, Borja de las Montañas, Santa María de Neiva... Aquí escribió Bolívar su “Delirio sobre el Chimborazo” y, ya en días de la República, Miguel Riofrío compuso la primera novela ecuatoriana con el título simbólico de “La Emancipada”. Aquí se amontonó, efímero, el oro de la cascarilla y el condurango. Y aquí, más tarde, se amontonó el olvido, las glorias se esfumaron como la niebla cuando llega el verano y solamente quedó una dormida y pequeña ciudad “sin tristes desvelos”, meca anual de una feria de campesinos y “centinela de la integridad nacional”, como rezan las fórmulas retóricas tradicionalmente establecidas. Hoy, la urbe trata de despertar y a veces se la percibe desvelada, respirando ya el aire del futuro.

Si partimos de Loja hacia el sur, por la angosta carretera que trepa el nudo de Cajanuma, vamos en pos de las sorpresas que nos depara una tierra tibia, poblada de rosadas, jazmines y guangalos de flores estrelladas que perfuman el aire suave y gentil, donde los naranjales alegran los ojos con sus frutas doradas. Pasamos primero por el mínimo valle de Rumishitana, al pie del cerro de Loyola Cruz, donde se descubrió la quina, el polvo blanco vencedor de la fiebre, el primer remedio verdadero que conoció el género humano, contenido en la corteza de un esbelto arbusto de anchas hojas brillantes y flores sonrosadas, la cascarilla de los campesinos, la “Cinchona officinalis” de los botánicos, en cuya leyenda hay una virreina agonizante y habilidades jesuitas de pasos impalpables que salvan vidas con un polvo misterioso del que más tarde Monsieur Polletier extrajo la quinina, la primera droga milagrosa...

Más allá, cuando ya hemos cruzado los pequeños y dulces valles de Landangui, Taxiche y Malacatos, entramos a Vilcabamba, unos de los “peckets de longevity” que asombran al mundo contemporáneo: en el pequeño valle, cuya temperanira primaveral jamás varía: en el dormido pueblecillo, con su iglesiuca, su río chiquito, sus casitas de teja con paredes de adobe;- en sus huertas de plátano y de yuca, de café y de tabaco, jalonadas de naranjos y limonares viven amables y charlatanes viejecillos, de los 80 a los 120 años, en quienes la avanzada edad no está envuelta en síntomas de decrepitud; de debilidad, de infantilismo: los ancianos de esta isla de la vida, a quienes por milagro ha olvidado la muerte, tienen ágiles las piernas, activa la memoria, frescos los sentidos y sonríen con la sabiduría que da el haber vivido un siglo sin el temor a la enfermedad, sin el horror a la muerte temprana y sin la ambición de la riqueza y el poder son simples campesinos, habitantes de la última Sangriílla, con unos rostros dignos de ser pintados por Goya. En el pueblecillo pululan médicos, higienistas, sanitarios, dietistas, psicólogos, sociólogos y periodistas examinando el clima, el agua, la dieta, las costumbres, la economía, el vivir de los viejos, prolijamente, costura por costura y a los propios ancianos, interrogándolos sin fin, fotografiándolos, filmándolos, mirándoles el fondo del ojo, de sus ojos antiguos sin pesares y no hallan su secreto y no pueden llevárselo a New York para venderlo embotellado. Ese secreto que está tan a la vista como la carta robada, y que nadie ve: -ese secreto que consiste simplemente en que esa buena gente es una sola cosa con su tierra, con su aire, con ese clima que no varía durante todo el año. Aquí la atmósfera no era corrompida, el agua se bebe recién nacida, la comida es simple, sabrosa y sanísima: sólo lo que la tierra de frutas y féculas más unos pocos cereales y en los días de gran fiesta una gallinita a un seco de chivo. El trabajo físico es la

ocupación del día, el sueño la grata tarea de la noche, con su poco de amor. Aquí los hombres no tienen preocupaciones de vestuario ni de status, de religión ni de política, ni los atormenta ninguna ideología: van a su misa el domingo y fiestas de guardar, trabajan y no sueñan ni imaginan. Aquí no existe la Lucha por la vida. Aquí todos están definitivamente cerca de Dios. Y es todo esto y no una -dieta balanceada por sabios dietistas y ejercicios dispuestos por sabios kinesiólogos, y menos profundas meditaciones esenciales lo que permite que la muerte se tome vacaciones.

Volteando otro pliegue del “papel arrugado”, hacia el sur-oriente, llegamos al largo y angosto valle de Piscobamba, repleto de leyendas, donde siendo huésped en la hacienda “La Palmira” escribió su “Jardín botánico” el Padre Vicente Solano y en cuyas altas laderas se halla la “Cueva de los Gentiles”, albergue de una milenaria cultura de trogloditas. En ese valle, talvez en la propia hacienda donde el franciscano encontró reunida toda la flora de América, o en la inmediata hacienda de “Quinara” fue donde desolados indios enterraron los siete guandos de oro que llevaban, a Cajamarca, para salvar la vida de su Inca Atahualpa saciando la codicia de los conquistadores, cuando los sorprendió en su marcha el aullante grito de dolor que sacudió por todos sus- costados al Tahuantinsuyo: “¡Chaupi punchapi rutayaca!”, “¡Anocheció en la mitad del día!”: el grito que desde la alta ciudad peruana se extendió por la tierra cuando alevos manos dieron garrote vil al sagrado Hijo del Sol: ese tesoro que a través de los años buscan sin cesar y nunca encuentran ávidos soñadores, ansiosos del bueno oro inca batido en planchas deslumbrantes. Más allá, cruzando el ancho y fértil valle de Solanda, embebidas por la selva, las ruinas de la ciudad de Valladolid recuerdan el más furioso alzamiento de indios de la historia de América, cuando media docena de ciudades y sus pobladores blancos y mestizos fueron trasladadas al olvido hace ya más de 300 años. Los indios viven al norte, en el cantón Saraguro. Residen allí los descendientes de nitimaes cuzqueños que Guaynacápac, el inca que conquistó el mítico reino de los Shyris, estableció como valla impasable para los levantados, ariscos, indomables indios cañaris del Azuay, brava gente conquistada por las armas de fuerzas numéricamente superiores, pero nunca suficientemente integrada al Imperio. Los indios de Saraguro, magres, ágiles, vestidos siempre de negro, hablando fluentemente tanto el español como el quichua, que saben leer y son propietarios de sus tierras. Sus indias, vestidas con el negro anacu plizado alto hasta la rodilla, con su camisa blanca bordada de muchos colores, sus collares de monedas de plata y de “mullos” dorados, sus cruces pectorales, sus tupus con piedra verde transparente y sus grandes sombreros blancos de lana abatanada, muestran sus manos con los dedales de plata que les cubren las uñas. Junto a sus indios, siempre bien peinadas, sonrientes, limpias, activas, hilando su cepo de lana con dedos vertiginosos, llenan las plazas los domingos.

Hacia el Sur, en dirección a la frontera con el Perú están los cantones de Gonzanamá, Calvas, Paltas, Macará, Alamor y Zapotillo --la tierra de los chasos, el mestizo claro, más blanco que indio, buen jinete, gran conversador, con su lazo de vaquero y su carabina, ganadero del ganado de su patrón, contrabandista a ratos, a ratos bandolero batiéndose con los “rurales” y a veces “rural”, cuidando la propiedad y defendiendo la ancha paz del campo, agricultor cuando la erosionada tierra y la esquiva lluvia lo permiten, aventurero y cantor. “Chaso quiere decir cariño”, afirma cuando el alcohol arde en sus venas.

La tierra lojana se ha erosionado, repetidas sequías han caído sobre ella matándola de sed, la vida en ciertas ocasiones ha parecido imposible. Entonces, los chasos han emigrado. Están ahora por todo el país: en la frontera con Colombia, “metiendo su cacharro”; en las petroleras de Lago Agrio donde, peleando con la selva, han fundado “La Nueva Loja”; en San Lorenzo, a las orillas del Océano, trabajando en la industria de la madera; en Guayaquil, estibando en el puerto; en El Carmen y Santo Domingo de los Colorados, trabajando en los palmares... donde quiera que sea posible una nueva vida a base de esperanza, de esfuerzo y de coraje. Y es que chaso quiere decir cariño, pero también quiere decir libertad y libre sólo es quien sabe ganarse la vida. Allá, en las

selvas lejanas, en los bosques de Esmeraldas, en las lacustres arroceras del Guayas y Los Ríos, en los cacaotales del Milagro, allá los chasos pondrán su letrero:

“La Nueva Loja”, a veces y a veces, simplemente, “Alma Lojana” y cantarán: “orillas del Zamora / cómo te añora / mi corazón”. Y con ellos, estarán sus chasitas haciendo la vieja, inmemorable comida lojana, los tamales, los sambates, el buen plato de mote con yuca, la cecina asada, el molloco, el repe, el seco de chivo, - el succulento sancocho y su “cafecito asustado”, amargo, oloroso y caliente. Y tendrá sus canciones, sus pasillos, sus chilenas, su sentido escéptico de la vida, su sonrisa irónica y su orgullo de ser quién mejor habla el castellano, el idioma de María Santísima.

La figura del chaso a caballo, arreando la recua de las mulas de carga, conduciendo la partida de ganado al Perú o a Portovelo, con su poncho blanco rayado de azul, tejido de finísimo algodón; su sombrero macareño de enormes alas; su cinturón adornado con piezas de plata, del cual pende el revólver y el machete en vainas de cuero repujado, domina aun el ámbito de la provincia, a pesar de que el transporte motorizado lo viene poco a poco derrotando. El chaso fue siempre quién vivía y daba de vivir en la provincia que el Ecuador olvidó y que generó en sus hombres la idea de haber nacido en “el último rincón del mundo”, donde la vida sería siempre igual y jamás mejoraría...

Sin caminos carrozables hasta 1930, año en el cual recién comenzaron a trazarse, metida en sí misma, un día hizo explosión. Surgió entonces la mentalidad que gritaba: “mientras más lejos, mejor” y hubo quien dijo: “Loja bonito lugar para nacer” y se fue para siempre: si la cordillera ni la distancia fueren obstáculos para su diáspora. - Pero hubo también quién dijo: “bendito lugar para vivir” y comenzó a luchar, y se enfrentó con el desaliento, con el duro olvido, con la falta de caminos y de crédito y se rehizo y al final consiguió organizar, crear trabajo, generar riqueza: creadores en su ambiente de esfuerzo y esperanza bien pudieron decir a boca llena que Loja, “el último rincón del mundo” es un lugar bueno para nacer, siendo también bueno para trabajar, para vivir, para amar, para morir.

